

En suma, la impresión definitiva que produce el *Docteur Pascal*, es que Clotilde tenía razón cuando, boca arriba sobre los candentes guijarros de la era, en estrellada y magnífica noche, pedía el cielo y no quería que se lo arrebatasen en nombre de filosofía ninguna. Y así acaba la serie de los *Rougon Macquart*, y así, del conjunto de crueles y repugnantes estudios anatómicos que adornan como sangrientos trofeos la magna obra zolaesca, álzase, á modo de columna de incienso quemado al pie del altar, la perpetua aspiración de nuestras almas siempre doloridas y tristes, siempre orientadas hacia el ideal, aunque parezcan muy entretenidas en considerar tanta cosa fea y estrambótica como sucede de tejas abajo...



## LIBROS NUEVOS

**D**ESEARÍA mucho que se persuadiesen los autores de que si no hablo de todos los libros que me mandan es por dos razones potísimas. La primera, escasez forzosa de espacio donde juzgarlos y de tiempo para leerlos. La segunda, repugnancia á armar-me de una severidad pedantesca é inútil, para reprobear obras que nacen muertas y con las cuales no viene á cuento ensañarse. ¿Hay *juicio crítico* más expresivo que coser-se la boca?



Escogiendo entre los tomos que se amontonan delante de mí, otorgaré el lugar preferente á los poetas, y, para proceder con mayor cortesía aún, á las poetisas.

Raro es que detrás de un libro de versos de mujer no se entreparezca una historia de dolores. Por eso suelen ser tales libros elegíacos y flébiles. En el actual estado de la sociedad, la mujer es como aquella costurera del poeta socialista inglés, que cosía las camisas con sus lágrimas y las remataba con su sangre. Dice acertadamente la discretísima prologuista del libro de Mercedes Matamoros<sup>1</sup>, doña Aurelia Castillo, hablando de lo desarmada que está la mujer en la lucha por la existencia: "Se nos educa para ricas, y si esto fué siempre desacertado, hoy que las ricas son tan pocas, es completamente absurdo."

Según se desprende del mismo interesante prólogo, grandes fueron los infortunios de Mercedes Matamoros, y mayores hubiesen sido á no encontrar en su camino personas que con afectuosa piedad las endulzaron. Mi oficio no es recordar estas buenas acciones, sino decir algo acerca de las poesías de la desdichada y simpática autora cubana. Fal-

<sup>1</sup> Mercedes Matamoros: Poesías completas. Habana, 1892.

taría á la imparcialidad y á la verdad si las equiparase á las viriles estrofas de la Avelleda, ó á las ardientes y tiernas confesiones de la Coronado. Hay, sin embargo entre ellas alguna muy linda (como el soneto á *La muerte del esclavo*) y las traducciones de Byron me satisfacen, sabiendo por experiencia cuán difícil es la empresa de verter al castellano al poeta inglés de forma más clásica, á pesar de su fondo romántico.

Pastora Echegaray<sup>1</sup> es hermana del insigne dramaturgo y del entretenidísimo autor cómico. Esto sólo bastaría para recomendarla á nuestra atención. Diríase que la naturaleza vació en el mismo molde á los tres hermanos, sólo que al salir del molde la pasta de José, quedó la forma alterada, y saliendo menos limpio el vaciado de Miguel, cuando llegó el turno de Pastora hallábase gastado y borroso. Que es el mismo molde, no se niega: lea el que lo dude *Cómo despierta el amor, Frivolidades...* todo el volumen. Sólo que están confusas las líneas y

<sup>1</sup> *Mis pensamientos*. Poesías de Pastora Echegaray. Madrid, 1893.

desvanecido el realce. Así y todo, no me sorprendería que la autora de *Cómo despierta el amor* llegase á obtener triunfos en la escena, tan glorificada y adornada por sus hermanos.

Juan León Mera<sup>1</sup> es poeta ya conocido y muy celebrado: limada y bella forma, fondo límpido y tranquilo, son las dos cualidades de que se precia su musa. En algunas composiciones del tomo resalta el más puro, delicado y original sentimiento: verbigracia, la que lleva por título *¡Todavía!*—Están en el mismo caso que los versos de Juan León Mera los del Sr. Lamarque y su esposa doña Antonia Díaz de Lamarque: estimados desde hace muchos años por el público, reimpresos, comentados y juzgados detenidamente por escritores tan peritos y respetables como Rubió y Ors, Montoto, Vidart y Asensio, lo que pudiese decirse de ellos se ha dicho ya excelentemente.

Lo propio acontece á las *Poetas y cantares* de Melchor de Palau, que ahora se han

<sup>1</sup> Poesías de Juan León Mera. Barcelona, 1892

reimpreso en Barcelona; no obstante, succédele al ilustrado ingeniero algo que le perjudica: mientras los más le conocen por sus tentativas de poesía filosófico-utilitaria, verbigracia, las odas *Al carbón de piedra* y *A la locomotora*, los menos somos los que recordamos ciertas coplas fresquísimas, de grato aroma popular y de espontaneidad encantadora, que ya han pasado al tesoro común de los cantares célebres, é impersonales (con evidente daño de su autor.) En el difícil género del cantar, al lado de Augusto Ferrán, sólo puede colocarse el nombre de Palau. No conozco, en la llamada poesía popular (es bien difícil discernir de qué manantiales brota), nada que supere á estas dos joyitas:

“ Ojos azules tenía  
la mujer que me engañó:  
ojos de color de cielo:  
¡mira tú si fué traición!  
.....

Procura no despertarme,  
cuando me veas dormir:  
no sea que esté soñando  
y sueñe que soy feliz. „

Juan Menéndez Pidal ha escrito poco en verso. Su folletito *El pendón negro*<sup>1</sup>, encierra un poema nada vulgar, de plástica forma, conciso, y por lo mismo más valiente. — Tampoco merece silencio ni desdén otro poeta americano que para mí es novísimo, Máximo Soto Hall<sup>2</sup>, y que si acierta muchas veces como acertó en *Spes*, ganará envidiable puesto.

El lindo tomito de Antonio Gómez Restrepo<sup>3</sup> me ha causado una impresión singular, que probaré á definir. Parecióme que un poeta moderno, soñador y melancólico, se me presentaba vestido con la chupa color tórtola y el chaleco de raso blanco de un clásico atildado y pulcro. Quizá este mismo sentir sea el que expresa el insigne filólogo Cuervo, cuando en el prólogo á los *Versos* de Restrepo, manifiesta que "los muelles de la literatura contemporánea comienzan á gastarse; de las mal cumplidas promesas de la ciencia se engendra fastidio al verla en-

1 Madrid, 1893.

2 *Poemas y rimas*. París, 1893.

3 *Versos*. París, 1893.

carada con todo lo pasado y provocando dolorosos conflictos; lo positivo, la materia sola, se ha convertido en fango; el análisis médico-psicológico va siendo tan empalagoso como lo fué el conceptismo de los petrarquistas; la prolijidad de pormenores sacados de obras técnicas ó descubiertos con lente, apenas excita ya la curiosidad; no es mucho, pues, que halle uno cierto desahogo al leer versos que lo vuelvan á la juventud y le hagan sentir lo que todos sienten, ó á lo menos como todos anhelaran haber sentido. Sí: igual impresión, aunque analizada de distinto modo, nos causan las poesías de Restrepo al prologuista y á mí. Es la muy agradable que produce, al iniciarse el cansancio de un período literario, ver reunidas en conciliadora fórmula las perfecciones del pasado y las intensas realidades del presente, y comprender que el poeta se propuso, como Andrés Chenier, echar vino nuevo en los viejos odres.

\* \* \*

La novela es género nada fecundo en esta temporada. Hay vaivenes en lo de los géneros. Hace cinco años imperaba la novela. En la actualidad se publican bien pocas: los novelistas de alto copete se reservan, ó elaboran calladamente algo que aparecerá allá para Octubre, Noviembre ó Enero. A la verdad que el público no se toma el trabajo de apremiarles. La atmósfera helada, ¡ cuántos capullos malogra!

Tres novelas nuevas acabo de leer. La de *Eva Canel*<sup>1</sup> (pseudónimo que oculta el nombre de la viuda del intencionado escritor Eloy Perillán Buxó, el cual, por coincidir exactamente sus iniciales con las mías, recuerdo que me produjo algunos *quid pro quos* y confusiones) es muy dramática; se lee con afán de llegar al desenlace, y si las galas del estilo y la maestría de la forma corriesen parejas con el interés del relato, no dudo afirmar que la historia de Cecilia Rengoitia conquistaría para la señora de Buxó ruidosa fama. Sucede así en la novela: unas veces la

<sup>1</sup> *Oremus*, por Eva Canel. Habana', 1893.

vestidura hermosa y rica cubre un maniqué de palo; otras veces un cuerpo vivo y fuerte palpita bajo informe sayal. No es que califique de *informe* el libro de la valerosa y excelente escritora, que con tan admirable perseverancia trabaja para dar educación y carrera á su hijo: no emplearía yo palabra tal, porque sería injustísima; sólo quiero dar á entender que de los dos elementos que entran en toda ficción ó narración de suceso real,—el asunto y el desempeño,—en *Oremus* el primero es muy superior al segundo. Si Eva Canel dispusiera de tiempo y de tranquilidad; si pudiese ahondar, cincelar y pulir su novela, sería de las que hacen raya.

La del Sr. D. Santiago de Liniers, *Alza y baja*, peca de lánguida, difusa y no muy tentadora para el lector. Carece de defectos salientes, pero también de cualidades; revela un espíritu culto, pero sin inventiva fresca ni vitalidad artística. El Sr. Liniers, si no me engaño, es individuo de número de la Academia de la Lengua; por esta razón he visto con extrañeza en su libro algunas construcciones que no me parecen entera-

mente ortodoxas; v. gr.: "Dos mujeres, joven la una y ya de edad madura la otra, pero ambas hermosísimas, y cuyo extremo parecido fácilmente designaba como madre é hija." Este y algún otro descuido semejante creo en toda verdad que son imputables á la imprenta; y además no atribuyo gran valor á las menudencias, cuando en general el estilo es recomendable, como en *Alza y baja* sucede.

De *La Fea*, obra del joven escritor don Luis de Ansorena, no es difícil decir mucho bueno, sin omitir la razonable censura, por lo mismo que Ansorena revela dotes y condiciones que, ayudadas por el tiempo y la meditación, pueden llevarle á cultivar con mayores resultados tan difícil género.

Las censuras (despreciando detalles, según mi costumbre) pueden resumirse en una sola, á saber: que Ansorena, en *La Fea*, sigue con demasiada puntualidad las huellas de Galdós. Estas huellas son luminosas; pero en arte, ni las huellas de luz se han de pisar: vale más un senderito propio. Afinidades no es extraño que existan entre autores de una

misma época; imitaciones no convienen, y menos á persona que, como Ansorena, tiene buenos ojos para ver y buena pluma para trasladar lo visto.

A pesar de la sujeción á Galdós, *La Fea* luce sus méritos propios. El asunto y los caracteres son de Ansorena; á nadie le deben nada. Entre estos caracteres descuella el de la heroína. ¡Cuán verdadero! Imposible calcular la acción funesta y perturbadora que ejerce la fealdad extraordinaria en un alma de mujer, en esta sociedad donde la mujer no tiene más horizonte que el propiamente sexual. Mundos de desesperación caben en el marco de un espejo. Si al individuo apto para diversas funciones le circunscribimos á una sola, y la naturaleza le incapacita para esa precisamente, desaparece la razón de ser de su existencia. Si la mujer no sirve más que para el amor y la reproducción, la fea sobra. Lucía lo comprende y lo expresa muy bien: en los momentos supremos que anteceden al suicidio cae de sus ojos la venda, y dice cosas profundas. Ella es quien ve *el drama*, mientras el necio de su herma-

no, que se cree un excelso dramaturgo, la oye con la boca abierta, sin entender las amargas observaciones y las temibles realidades que envuelven... Ella, y no el varón, representa, no sólo el entendimiento, sino el arrojo y la voluntad; y mientras el cobarde hermano palidece á la sola idea de pedir cuentas al que la ultrajó, Lucía, sin vacilar, arroja por el balcón la inútil vida.

No es sólo este carácter femenino lógico y bien trazado lo que merece explícitas alabanzas en la novela de Ansorena. Hay en ella dos capítulos que sangran verdad: el vii y el viii, descripción del adocenado *crítico* Sánchez y del indecente papelucho donde anida, con otras muchas polillas de la prensa. Estos dos capítulos parecerán recargados y tristes á los que miran desde afuera la vida literaria y no conocen sus lamentables bastidores; por desdicha son, lo repito, la propia realidad, no en caricatura, sino en fidelísima fotograffa tomada. De aquel delicioso Manolito Sánchez, el *crítico*, con sus alardes catonianos, su verdad "completamente en crudo", y su programa de *pegar*

por sacerdocio, corren ejemplares á docenas en nuestra critiquilla hambrona y tabernaria: de periódicos como aquel *Intransigente*, "una injuria constante en letras de molde", aparecen y desaparecen cada año varias cosechas. En esos capítulos compite la verdad en observar con la felicidad en expresar lo observado. Son rasgos de maestro aquella envidia del foliculario "que le producía verdaderas crisis de enfermedad", aquellos sentimientos despreciativos del director hacia los redactores, aquel origen de la clerofobia de Pelaez, y aquel párrafo donde define á tales bichos diciendo elocuentemente: "La sabiduría no les oye, la seriedad les desprecia, y el arte les arroja de sí como á cosa que mancha y que huele mal. Ellos no lo advierten, ó fingen no advertirlo, y engreídos por cuatro lisonjas de gente maleada ó por alguna debilidad que con ellos tiene quien no debiera, buscan en el escándalo la notoriedad que por caminos más decentes no pueden conseguir."

En esta terrible pintura quedóse Ansorena, como suele suceder, atrás de la reali-

dad, pues le faltó consignar los típicos rasgos de los Sánchez que apuntan á la honra para dar en el bolsillo.

\* \* \*

Un bonito libro de vulgarización son los *Estudios sociales* de Constantino Piquer. Lo ensalzaria yo más, si su autor me favoreciese menos en el capítulo que me dedica. Lo mismo digo de las chispeantes *Pequeñeces... de los católicos españoles*. Su desconocido autor me demuestra aprobación tan cariñosa y consideración tan viva, que me cohibe para escribir lo mucho que su libro me entretuvo y solazó. El pensamiento que lo inspira no puede ser más simpático ¿Realizable?..

\* \* \*

Don Juan Enrique Lagarrigue es—como saben cuantos leyeron las *Cartas americanas* de Valera el más celoso propagandista y apóstol que tienen en el otro hemisferio

la filosofía de Augusto Comte y la *religión de la humanidad*. A esta religión quiso dos ó tres veces llamarme; y como yo no soy intolerante y creo que el Sr. Lagarrigue se equivoca de buena fe, y además su intento demostraba aprecio, no me enojé, pero tampoco me convertí. Hoy es otra dama la invitada á comulgar en el altruismo: Doña Mercedes Cabello de Carbonera, escritora limeña (si no me equivoco). Con fecha 18 de Arquimedes de 103, ó, para hablar en cristiano, el 11 de Abril de 1892, escribió el señor Lagarrigue una carta á dicha señora, y la contestación de ésta es la que tengo á la vista.

La señora Cabello de Carbonera se expresa mostrándose casi convertida al altruismo y al humanitarismo. *In hoc non laudo*, pero no entremos en el sagrado de las conciencias. Donde aplaudiré sin rebozo á la escritora, es por lo que, con evidente buen sentido, dice respecto á la idealización de la mujer por el positivismo altruista, opuesta á la denigración de los períodos teológicos.

Está en lo cierto la señora Cabello al re-



chazar ambos conceptos, igualmente fatales para la mujer. Ni ángel ni bestia, sino ser humano y racional, es á lo que debe aspirar toda mujer, si repugnan á su alma la S y el clavo. Pero la señora Cabello, entre dos males, elige el que cree menor, y prefiere el baboso culto y el almizclado incienso de los positivistas, á las imprecaciones de los teólogos que ven en la mujer la puerta del infierno y el anzuelo de Satanás. Consideradas las épocas, atendida la distancia, más mal hacen, en mi opinión, los filosofastros de hogaño que los teólogos de antaño. Estos caducaron, y los otros representan una serie de ideas que todavía puede cundir y ser obstáculo á cualquier reforma ventajosa.

El párrafo más aplomado y racional de la contestación de la señora Cabello es aquel en que rebate un principio de la ética positivista, donde se ven remanecer las viejas herejías primitivas que, como hongos monstruosos, brotaron al pie del gran árbol de la Iglesia. El principio es que ni al viudo ni á la viuda es lícito volver á casarse. A tan peregrina y romántica aberración hace la

señora Cabello muy fundadas objeciones; sólo me parece que no acierta al citar como excepcional la fidelidad de Dante á Beatriz. ¡Valiente fidelidad! Dante, mientras ponía á Beatriz en las nubes, se casó, tuvo varios hijos... ¡sin contar las distracciones con *Gen-tucca!*...

\* \* \*

No me queda sitio para hablar aquí, como pensaba, de los discursos de Pidal y Silvela en la Academia. Son tantos los libros de alguna importancia que abrumen mi mesa, que necesitaría un número entero del TEATRO CRÍTICO para hablar de todos. *El problema de la vida*, del marqués de Nadailac, que ahora me da á conocer la correcta versión de Alvarez Sereix; la salpimentada y muy retebién escrita sátira de Jerónimo Forteza, titulada *El espíritu nacional*; el importante estudio de Martí Miquel sobre *La evolución y la revolución*; el utilísimo y caritativo de Tolosa Latour sobre *Medicina é higiene de los niños*; el de Eduardo de Zamacois sobre *El misticismo y las per-*

*turbaciones del sistema nervioso*, que aplica á la mística las mal mascadas y arbitrarias hipótesis de Lombroso acerca del genio, son obras que tratan de asuntos atractivos, y merecen, sin duda alguna, la aprobación, la impugnación ó el examen que me es de todo punto imposible consagrarles.

\*\*\*

¿Por qué no citar nunca, en estas reseñas bibliográficas, á las Revistas que aparecen? Dos tengo á la vista, y proceden de América: la una se titula *Revista gris*, pero ostenta cubierta amarilla: publicase en Bogotá, honrándose con firmas de buenos escritores: en la cubierta de la otra—que ve la luz en la Habana—leo *Hojas literarias, por Manuel Sanguily*: y el tamaño, la forma, la distribución del sumario y sobre todo la circunstancia de ser escrita esta Revista por una sola y misma persona, me causan la grata impresión de que allende los mares el NUEVO TEATRO CRÍTICO ha encontrado continuadores: y digo continuadores porque la

labor del NUEVO TEATRO CRÍTICO es demasiado ruda para que me dure muchos años.

Sólo lamento que el Sr. Sanguily, que pues funda un *Teatro* debiera ofrecérseme galantemente por Cirineo, se me presente al contrario atravesado y hostil, y hable de los *galleguismos de la autora de Morriña*. De los personajes de *Morriña*, habrá querido decir. También censura Sanguily el *amaneramiento fatigante* de Valera. Si yo imitase los procederés del Sr. Sanguily, le recordaría que el Diccionario no trae *fatigante*, sino *fatigador*. Mas como quiera que estos exámenes de *voquibles* los juzgo un tanto comineros y muy baldíos, fijándome sólo en la aserción diré al Sr. Sanguily que por acá Valera no nos fatiga ni con *dor* ni con *ante*. Nos sabe á mieles su estilo, hasta á los que no pensamos como él ni en estética ni en otras muchas cuestiones divinas y humanas.

\*\*\*

Porque, aparte del mérito intrínseco, se relacionan con trabajos míos—haré especial

mención de un nutrido folleto del Sr. Vidart y de un libro de Pinheiro Chagas y otro del eminente americanista Jiménez de la Espada.

Es el caso que la conferencia americanista leída por mí en el Ateneo de Madrid y titulada *Los franciscanos y Colón*, fué comprendida por el escritor colombólogo HARRISSE en el tremendo anatema que fulminó contra la escuela histórica española, representada, á juicio del entonces desjuiciado HARRISSE, en primer término por D. José María Asensio, y después por el P. Cappa, Fernández Duro, Cánovas del Castillo... y quien esto escribe. Para HARRISSE, todos los escritores españoles que trataron de Colón le copian á él, HARRISSE, y se aprovechan de sus científicos sudores; y cuando no le copian, les sale peor la cuenta, porque yerran absurdamente, no dando pie con bola en la cuestión colombina. Acompañan á estas apreciaciones de HARRISSE vituperios mayores todavía á España y la capacidad científica de los españoles.

Vidart, que tanto ha escrito de dos años

acá sobre Colón, su leyenda y su historia, trazó sin duda alguna las mejores páginas que han salido de su pluma al refutar las arrogancias descomedidas de HARRISSE y compararlas con la prudente, mesurada, modesta, seria y amenísima obra de Pinheiro Chagas sobre el descubrimiento y la parte que en él tomaron los portugueses.

Con frase limpia, sucinta y reportada; sin fieros ni cóleras; apoyándose siempre en datos y pruebas, Vidart especifica "los aciertos del Sr. Pinheiro Chagas y los errores del Sr. HARRISSE". Nada puedo yo añadir—ni podría aunque supiese bastante más de lo que sé—á tan concluyente trabajo, ni á paliza tan culta y soberana.



La relación entre los libros del insigne Jiménez de la Espada, maestro de nuestros estudios americanistas, y mi sencilla conferencia del Ateneo, es la siguiente. Cuando leí la Conferencia, hubo quien tildó de excesivo mi celo por encarecer los méritos de la Or-

den franciscana en cuanto viajera y descubridora. No conocía yo entonces—y prefero declararlo ingenuamente—la curiosísima obra dada á luz por Jiménez de la Espada, y escrita por un franciscano español á mediados del siglo xiv: *Conocimiento de reinos, tierras y señoríos*. Antes que los portugueses—y esto es una ligerísima rectificación á Pinheiro Chagas,—conoció y describió este fraile las islas Azores, que ya en el siglo xiii debían de ser frecuentadas por los barcos genoveses, aragoneses y castellanos. También se opone este libro á la prioridad de los exploradores portugueses en las costas del Africa Occidental, pues el fraile español describe puntualmente el Níger y la región senegaliana. En este libro pude apoyarme recordando una gloria más de la Orden que contó en su seno á Raimundo Lulio.



## INDICE DE LIBROS RECIBIDOS

## POESÍA

- Mis pensamientos*.—*Poesías de Pastora Echeagaray*.—Un tomito.—Madrid, 1893.
- Doloras, cantares y humoradas*.—Tomo II de las Obras completas de Campoamor y LXXIX de la *Colección de libros escogidos*, con un estudio biográfico, por Emilia Pardo Bazán.—Madrid, sin fecha.
- Poesías y rimas*, por Máximo Soto Hall.—Un tomo.—Madrid, 1893.
- Sueños de primavera, Leyendas*, por José Lamarque de Novoa, con un prólogo de Luis Montoto y Rautenstrauch.—Edición ilustrada.—Un tomo.—Barcelona, 1891.
- El pendón negro*, por Juan Menéndez Pidal.—Folleto.—Madrid, 1893.
- Flores marchitas*, Baladas y leyendas, por Antonio Díaz de Lamarque.—Dos tomos.—Sevilla, 1877.
- Avés y flores*, Fábulas morales, por la Excelentísima Señora Doña Antonia Díaz de Lamarque, con un prólogo del Excmo. Sr. D. José María Asensio y Toledo.—Edición ilustrada.—Un tomo.—Barcelona, 1890.
- Poesías religiosas*, por la Excmo. Sra. Doña Antonia Lamarque de Novoa, con prólogo de D. Joaquín Rubió y Ors.—Edición ilustrada.—Un tomo.—Barcelona, 1889.

## MISCELÁNEA

*La Tercera Orden de San Francisco*, por el pa-